



SUMARIO. Carta de Ramiro Ripollés.—SECCION CIENTÍFICO-LITERARIA: Consecuencias de una muerte. El crespon eterno, por «M. Gimeno Laplace».—Soledad, (poesía) por «José Artal».—Los santos Padres Alejandrinos. San Clemente, por «R. Altamira».—Notas é impresiones, por «Nomen».—Cubiertas y anuncios.

Sr. D. Eduardo Portalés, director de la
REVISTA DE CASTELLON.

Valencia 22 Junio 1885.

Mi querido Eduardo: Refractario por convicción y por temperamento al lamentable giro que las controversias periodísticas suelen tomar en esa, y temeroso de haber interpretado torcidamente el sentido y alcance del artículo *El Castellonero* de D. José Fola, ya casi estaba decidido á suplicarte dieses por no escrita mi carta de 9 de los corrientes, cuando circunstancias de gran peso han venido á inclinar mi ánimo á proseguir mi emprendida tarea, que no es otra sino deshacer el mal efecto producido por el trabajo de mi distinguido amigo, y procurar quede sincerado Castellon de los enormes cargos que injustificadamente se le hacen.

Leía y releía yo el artículo *El Castellonero*, y me preguntaba á mí mismo si padecería una obsesion y vería allí lo que ni existía, ni en la mente del autor habia existido. Por un lado parecíame que el amigo Fola no habia tratado mas que de retratar

un tipo particularmente de él conocido; por otro no podia desvanecer la primera impresion que su lectura me produjo, y más se afirmaba en mí el convencimiento de que quedábamos mal parados en el tal artículo Castellon y todos los castellanenses.

Abismado en estas dudas, y ansioso de resolverlas, para no obrar de ligero, dí á leer el trabajo del señor Fola á varios paisanos nuestros residentes en ésta, y á otras personas de gran respetabilidad por su vasta ilustracion y recto criterio, y ví que en aquéllos produjo verdadera indignacion, y oí opinar á éstas que «fuese ó no cierto lo que allí se dice, es de todos modos muy desfavorable al buen nombre de Castellon y muy deprimente para los hijos de dicha capital, encontrando muy justa, muy natural y hasta obligatoria la defensa.»

Si esto bastaba para determinar cual habia de ser mi conducta, viene á marcármela de una manera precisa la interpretacion que al artículo *El Castellonero* dá mi no ménos distinguido amigo D. Fernando Gasset, en su carta publicada en el número 20 de la REVISTA. Dicha carta, prueba, en efecto,

plenamente, que en la manera como el señor Fola ha pintado el tipo, se entiende que abraza á la generalidad de los hijos de Castellón y no á un pequeño número, puesto que segun el mencionado señor Gasset, «por lo que en nuestra ciudad abundan los tipos á quienes Fola llama *castelloneros*, jamás pudo aplicarse mejor que á ello aquel principio de que *cada pueblo tiene el gobierno que se merece*.

De consiguiente, y sin que yo niegue en manera alguna la sanísima intencion del señor Fola, ni remotamente haya abrigado el pensamiento de que trató de desprestigiarnos bajo ningun concepto, es lo cierto que su boceto no resulta ser el de un tipo especial, sino el de la generalidad; no el del *castellonero*, sino el de la gran mayoría de los castellonenses; resulta, en fin, un tipo que en vez de permanecer aislado y formar especie aparte, imprime carácter al género y constituye el modo de ser que distingue á Castellón.

Mírese el cuadro por el lado que se quiera, (admitiendo siempre la buena intencion del autor), queda justificado que lo dicho es lo que se vé y no otra cosa, y queda justificado tambien el que yo confirme y ratifique mi primera carta y continúe el exámen del boceto en la presente.

Un humilde y amistoso ruego he de dirigir en este punto á mi estimado amigo Fola, si bien creo que huelga, dado su fino y delicado trato. Despues de habernos equiparado á todos con Sancho, yo espero que no caiga en la tentacion de equipararme á mí especialmente con D. Quijote por salir á la defensa de mis paisanos, pues que pudiera en tal caso ponerme en el duro trance de tener que recusar á mi vez su competencia para trasladarnos á boceto alguno. Confio, por el contrario, que el señor Fola deshará mis conceptos con la nobleza y lealtad que le distinguen, y haciendo caso omiso de mi insignificancia, serán sus esplicaciones tan satisfactorias como el más exigente pudiera apetecerlas

* * *

Al llegar aquí precisamente, recibo tu ilustrada REVISTA (que otras semanas llega á mi poder con más retraso), y me encuentro con un nuevo artículo de nuestro comun amigo Fola al pié de mi primera carta que en el mismo número te dignas publicar.

Me alegro de que Fola se haya apresurado á contestar á mis observaciones antes de que yo pudiera terminarlas, y puesto que

así, felizmente, se presentan las cosas, renunció desde luego á entrar en la refutacion de los detalles ó conceptos más salientes de su boceto, que es lo que en este momento me disponia á hacer, y voy á ceñirme á contestar á su último trabajo, que acabo de leer con tanto gusto como todo lo que de su bien cortada pluma brota.

Seré muy breve en mi rectificacion.

Esperaba que el autor de *El Castellonero* no me trataria de *Quijote* y, en efecto, me asigna de una manera más ó menos esplicita el papel del caballero de la Triste Figura. Muy bien; lo acepto, para desempeñarlo, en la medida de mis fuerzas, ahora y siempre que se trate de Dulcineas como Castellón y de amigos como el señor Fola. Me alegro muchísimo de haber movido el alambre flojo sobre que mi amigo Fola se ha colocado; y de haberlo movido, no con la pasion ni la mala fé, (que eso no es propio de mi carácter ni de mi educacion), sino con el laudable deseo de hacer recobrar á mi compañero el equilibrio que distraidamente y embebido en la pintura del consabido boceto estaba próximo á perder: y me alegro tanto más, cuanto que lo he conseguido en el momento que lo he intentado. Celebro haber prestado el concurso de mi amistad á esa obra que ha sido llamada fatal y que yo llamo buena obra, puesto que con ello ha venido á declarar el señor Fola, en honor suyo y en el de todos, que en su artículo *El Castellonero* se dirigió á un espíritu y no á Castellón. Me regocijo de haber descendido á ese oscuro subterráneo, habitual vivienda de los topos y de los que somos pobres de inteligencia, ya que así he logrado que el amigo Fola se haya servido derramar sobre su cuadro la luz de que antes carecia, y lo haya iluminado brillantemente con las leales y paladinas declaraciones de que «no ha tenido el propósito de ofender á una tierra á la que tanto quiere, y que antes que su pluma sirviera de instrumento á tan ciegos y bastardos fines, la rompería en mil pedazos para nunca jamás recojerla.» Estoy satisfecho de haber dado ocasion al amigo Fola para que pueda entonar el *hosana* del triunfo, que reconozco ha conseguido despues de haberse apresurado á hacer en su cuadro la radical trasformacion que ha hecho. Me felicito de que mi viaje por la Meca haya servido para que el señor Fola haya hecho las correcciones de espejismo que tanta falta hacian á su boceto. Y me congratulo, en fin, de que mis innecesarias, es-

térriles é inútiles declamaciones, no lo hayan sido tanto esta vez que no hayan servido para hacer declarar al amigo Fola, que en *El Castellonero* no ha querido pintar á Castellon, ó lo que es lo mismo, que no tiene nada que ver Castellon con el *castellonero*; con lo cual ha quedado desvanecido todo concepto desfavorable á mi pueblo natal, que es, en resumidas cuentas, lo que pura y simplemente me proponia.

Dicho esto, pocas palabras he de añadir ya para dejar definitivamente terminado el asunto.

Alabo los trabajos del señor Fola en favor de la construccion de un teatro; pero me permito llamar la atencion de mi amigo para que se sirva estudiar, si lo que actualmente hace más falta en Castellon es la construccion de teatros ó la institucion de buenas escuelas nocturnas y dominicales y la creacion de un banco agrícola.

Como en todas partes hay hombres buenos y malos, y el tipo que ha pintado el señor Fola pertenece á estos últimos, su nombre más apropiado no puede ser otro que el de *hombre malo*. Si éste es de Castellon, puede llamársele *el hombre malo de Castellon* ó *el castellonense malo*, pero no otro nombre que pueda confundir al todo con la parte.

Caso de no querer el señor Fola cambiar la denominacion de *castellonero* por la que le propongo, desearia nos dijese si hay más *castelloneros* que castellonenses, ó, por el contrario, hay muchos de los segundos y poquísimos de los primeros.

Tambien me atrevo á suplicarle escriba un nuevo boceto de *El Castellonense*, abrigando, por mi parte, la esperanza de que no ha de mostrarse reacio en complacerme.

Con mucho gusto iria á ayudar al señor Fola y demás compañeros en la tarea que parece se han impuesto, pero sé que Fola se apresuraria á partir conmigo el pan que con su talento y asiduo trabajo sabe ganarse, y que temo fundadamente no podria ni sabria ganarme yo en Castellon, y no quiero, mientras pueda, ser gravoso á los amigos. Esté, no obstante, seguro el señor Fola, que por más que la necesidad me obligue á estar ausente de mi querida pátria, estoy siempre al tanto de lo que en la misma ocurre; que si en ella no vivo, vivo con ella; que son mias sus penas como sus alegrías y que nunca la olvido ni la desconozco.

Por último, si mi voto vale de algo, pido á mi pueblo conceda al señor Fola la *tomba*

y la *creu* que reclama, deseando que tarde luengos años la ejecucion del acuerdo, y que para tal caso se ponga en la tumba de mi queridísimo amigo esta inscripcion: «Escribió *El Castellonero* pero lo rompió y escribió *El Castellonense*»

Y con esto, con dar por no dichos los calificativos que hayan parecido duros y rogar al amigo Fola acepte mis elogios, no como lisonjas, sino como justo y sincero tributo á su talento, y con darte, querido Eduardo, un millon de gracias por tus bondades, se repite tuyo afectísimo amigo y paisano,

Ramiro Ripollés.

Seccion Científico-Literaria

CONSECUENCIAS DE UNA MUERTE

IV.

EL CRESPON ETERNO

FRANCIA, inspirándose en su acendrado entusiasmo por sus prohombres y en los deseos del mundo culto, rinde el último homenaje al gran poeta cubriendo su asiento en el Senado con un crespón, negro como el dolor de la humanidad y glorioso como el génio del arte. Y no decimos *último homenaje* porque en él terminen todos los tributos á Víctor Hugo, pues demasiado sabemos que no acabando la inmortalidad, tampoco se extingue el fuego de admiración hácia ella. Apellidamos *último* al honor de que es objeto el autor de las *Orientales*, porque, en nuestro concepto, es el último que el corazón y la inteligencia podían dedicar á aquel hijo predilecto de la naturaleza. Ir más allá equivaldría á pretender deizar á Víctor Hugo, en cuya muerte, si algo se ha hecho en ese concepto, se encuentra justamente disculpado por el acerbo dolor que embargaba á todos los seres bien nacidos, momentos después de ocurrida la defunción del coloso literario.

Creemos que el gobierno de la vecina república debe tener tranquila su conciencia respecto á haber honrado dignamente al libre-pensador, al revolucionario, al apasionado enemigo de toda religion positiva, como dice un conocido escritor... pero también al primer poeta nacional, fundador de

una escuela y autor de una época, que recordarán con orgullo los franceses y con júbilo los extranjeros. De su acertado proceder será diploma honrosísimo el velo que enlute en el Senado la banqueta que ocupó en vida Víctor Hugo y, si algún día, las revoluciones políticas lo arrancan de su sitio, no significará esto nada malo en contra de los actuales gobernantes ni en desfavor del poeta; será, por el contrario, fatídica arma que, volviéndose contra quien la esgrima, ponga de relieve la iniquidad del mismo para escarnio de su nombre y oprobio de su memoria. Siendo, pues, ésta la hipótesis más admisible y más temida por los detractores y defensores de Víctor Hugo, ¿qué significan sus consecuencias para los segundos si necesariamente han de ser funestas á los primeros?... Desechen los hombres ilustrados vanos temores que hoy se dejan adivinar en gran parte de la prensa universal, y piensen que lo único pavoroso en lo porvenir, la sola triste significación que para Francia—no para Víctor Hugo—tendría la desaparición del velo del Senado, sería la de que con ella coincidiría la caída del actual sistema de gobierno, cosa por una parte problemática y por otra nada perjudicial al sagrado recuerdo de Víctor Hugo. El adjetivo de *eterno* que al crespon acompaña, no hay que apreciarlo, pues, en su valor absoluto, sino con relación al tiempo que sobreviva al ilustre difunto un solo admirador capaz de hacer respetar su memoria. ¿Y no habrá siempre alguien bastante poderoso para ello?... Creemos que *si mientras á la razon se ataque y con argumentos se combata*; pero si nos hiciéramos la pregunta en circunstancias anormales, dejaríamos al tiempo el encargo de contestar á ella. Sin embargo, aun en ese triste período, consuélenos que la fuerza, única mano capaz de rasgar el crespon, es la negación del derecho, y que hoy una interrupción á la marcha del progreso, como sería hecho tan incalificable, no podría detener mucho tiempo el torrente imponentísimo que forman juntas la civilización y el deseo, elementos que muy pronto harían volver las cosas al estado á que deben.

Así, pues, no nos ocupemos por hoy mas que de estudiar al respetable personaje que sobre el negro y glorioso crespon se destaca en el Senado, pues el luto de que se cubre la banqueta, es indiscutible testimonio de la valía de quien en ella se siente, gloria del arte ó de la ciencia y siempre faro

radiante cuyo brillo evoque la memoria de aquél que envuelven los macizos muros del panteon.

M. Simeno Laplace.

SOLEDAD

I.

Mientras luce sus fulgores bello sol del mediodía,
que los cármenes floridos
de color de oro matiza,
por las calles de Granada
la perla de Andalucía,
la del suspiro del moro
en donde el amor anida,
la ciudad de los recuerdos,
la ciudad de las conquistas,
que el límpido Darro baña
con sus cristalinas cintas,
todo un pueblo entusiasmado
corre, vuela, vá y se apiña
á las puertas de la plaza
do bravos toros se lidian,
y en charoladas calesas
se ostentan hermosas niñas,
con claveles en las trenzas,
con la clásica mantilla,
con el amor en los ojos
y en los lábios las sonrisas,
que hoy corre toros Granada,
y la fiesta de este día,
los más apuestos galanes
á sus paisanas dedican.

II.

Tras de misteriosa reja
allá en la calle de Chiva,
una pálida doncella
Soledad la granadina,
vé partir en su calesa,
al mancebo que delira
por sus codicidas gracias,
por sus ojos que fascinan,
negros como la tristeza
que en su corazón anida,
y al decirle «adios» ha hecho
promesa á la granadina,
de traerla para adorno
de sus trenzas, la divisa
más hermosa que se busca
en los toros de aquel día.

III.

¡Qué de fúlgidos colores
en la plaza granadina!

¡Qué conjunto tan vistoso,
 qué claveles, qué mantillas!
 Ya la música comienza,
 ya la multitud se agita,
 ya hace seña el Presidente,
 ya despeja la cuadrilla,
 el mancebo más airoso
 el que viste azul ropilla,
 y que aplauden los tendidos
 aunque en ellos no se fija,
 ese es Juan, el joven diestro
 á quien mandan sus sonrisas
 las doncellas más hermosas
 cada vez que el ruedo pisa,
 y con ellas los galanes
 aplaudiéndole le envidian,
 pero hoy en su semblante,
 no contemplan la alegría
 aunque á todos animaba
 en las tardes de corrida,
 y hay quien cuenta por lo bajo
 al ver tal melancolía,
 que en la plaza falta á Juan,
 Soledad la granadina.

IV.

Cambiados los capotes
 para comenzar la lidia,
 picadores en sus puestos,
 en los suyos la cuadrilla,
 ya la arena pisa el toro,
 adornado con divisa,
 que pretenden cien galanes
 que doncellas cien envidian,
 mientras Juan, que solo anhela
 conquistar aquellas cintas,
 para hacer preciada ofrenda
 á su bella granadina,
 con resuelto y firme paso
 despreciando así la vida,
 se dirige hácia la fiera
 á arrancarle la divisa.
 Mas así que al toro llega
 en su mano ya las cintas
 que quitara con destreza,
 le robó traidor la vida....
 y colores tan brillantes
 de la fiesta de aquel día
 se trocaron en tristezas,
 en sollozos las sonrisas,
 y galanes y doncellas
 que entusiastas aplaudian
 al mancebo más airoso
 de la tierra granadina,
 lamentando del buen mozo
 la fatal suerte, suspiran,
 y les piden á sus novios

que se acabe la corrida,
 y llegada ya la noche,
 en una calle tranquila,
 al compás de la vigüela
 aquesta copla se oía:
Para componerse el pelo
Soledad quiso una cinta,
y esta tarde ha muerto Juan
al quitar una divisa.

V.

Hace un año, y también luce
 bello sol del mediodía,
 que los cármes floridos
 de color de oro matiza.
 En la plaza de Granada
 se celebra gran corrida,
 y entre espléndidos colores
 de claveles y mantillas,
 asomando está su rostro
 Soledad la granadina,
 que dirige sus miradas
 y sus más dulces sonrisas
 á un mancebo que ha jurado
 entregarle su alma y vida.
 Ya la música comienza,
 ya la multitud se agita,
 ya hace seña el Presidente,
 ya despeja la cuadrilla,
 mas aquel gallardo mozo
 que ropilla azul vestía,
 aunque mil ojos le buscan,
 no ven hoy al que aplaudían,
 y á la ingrata contemplando
 por quien perdió Juan su vida,
 compasión guardan al muerto,
 desprecio á la granadina,
 y en tanto una voz sonora,
 la de la noche tranquila,
 en que al apuesto galán
 le robó un toro la vida,
 aprovechando el silencio
 esta copla repetía:
Para componerse el pelo
Soledad quiso una cinta,
y aquel día murió Juan
al quitar una divisa.

José Artil.

Julio 1885.

LOS SANTOS PADRES ALEJANDRINOS

SAN CLEMENTE

Entre las diferentes personalidades, todas
 dignas de estudio, que ofrece el Bajo Egipto

en aquella época en que vino á concentrar todo el desarrollo intelectual de los pueblos civilizados, mezclando y haciendo unir en eclecticismos más ó menos exactos la filosofía pitagórica, la aristotélica, el gnosticismo de Basilides, Valentin, Simon, los gérmenes cristianos y tantos otros órdenes de la actividad intelectual, descuellan unas cuantas, que si no superiores á las demás en importancia histórica con relacion al punto que recuerdan, vienen á presentárenos envueltas en atmósfera simpática, rodeadas de ideas que halagan el pensamiento moderno, amante de la luz y de la crítica imparcial, por encima de todos los elementos extraños que como se ingieren á modo de faltas unos, de mala voluntad y calumnias no pocos. Una de esas personalidades, para nosotros quizá la más simpática, es San Clemente; porque sobre marcar y traer á la memoria el difícil pero curiosísimo período de las evoluciones que la parte doctrinal del cristianismo sufrió en Alejandría, señala—por encima de otros conceptos que como le impuso la época—una tendencia desgraciadamente no continuada, aunque á todas luces superior y altamente verdadera; cómo asombran también en él ciertas ideas que el modernísimo Hegel vino á expresar y los sistemas reinantes, casi todos, á darles carta de naturaleza filosófica.

Otra cosa además nos hace rendir tributo de admiración á San Clemente. San Clemente es considerado Padre de la Iglesia, se le venera en los altares, figura al lado de los fundadores del catolicismo—no con mucha razón según se puede deducir—y plácenos sobremanera ver en él algo distinto de los otros Padres, algo que no es delirio, ni infructuosidad metafísica, ni sofisma teológico, sino verdad aprovechable, observación exacta, imparcial, amiga del principio científico. Y nos place, porque no siendo pasión nuestra el exclusivismo, queremos hacer patente la superioridad del filósofo de Alejandría, mostrando á la par cuán inexacta resulta su confusión con ciertos otros filósofos y teólogos, saturados de idealidades, oscurantismo y ratiocinios falsos.

No eran ciertamente los tiempos en que vivió el escritor *santo*, tiempos de calma y á propósito para la ordenada comunión del pensamiento, modo el más propio de dar vida á la actividad filosófica; sino tiempos de confusión, de revueltas, porque se operaba un cambio en el modo de ser de la humanidad, porque la evolución había llegado al mo-

mento de dar resultados prácticos; y con éstos, nada de imparcialidades, ni tolerancias, sino enemistad, diatriba, disputas, refutaciones, exclusivismo, lucha de ideas entre diversos sistemas que querían dominar y ser principios directores de los nuevos poderes. En medio de esto, San Clemente, con un golpe de vista acertadísimo, que llevaba envuelto cierto orden de método, reconoce la gran parte que á la filosofía griega toca en la formación del cristianismo, y afirma que es aquella *una obra divina*, realizadora de cierto desenvolvimiento, sin alteración ni corrupción, del germen divino; rechazando la especie de que sea el sistema *platonico* obra del diablo, contra lo que hablan muy alto los ejemplos *de pureza en las costumbres*, propias de muchos filósofos helenos. No olvida, sin embargo, otro elemento de mucho prestigio entonces, y señala para el judaísmo el mismo carácter que diera á la ciencia griega, conceptuándole como *preparación á la fé*. Y sigue, con una elevación de ideas que admira y extraña á la vez, afirmando muy alto: «El Dios de los griegos, el de los judíos, el de los cristianos, son uno mismo; mirado por aspectos diversos, conocido bajo formas distintas, apreciado de modos diferentes, pero en todos casos con la misma intención, viniendo á concurrir y completarse unos conceptos con otros, en lugar de excluirse.»

Añade después como para dar más fuerza á la idea: «Dió nacimiento el *primero* á la filosofía—*ciencia de las ciencias*—como regalo que hizo á sus adoradores (idea del influjo que la religión tiene en la ciencia de aquellos tiempos); lególes el *segundo* á los suyos el Antiguo Testamento, y el *tercero* la segunda parte de la Biblia, sin cuyo triple conocimiento no se puede poseer la fé, como no se vendimia uva sin cultivar la viña.»—Y esto lo dice un Padre de la Iglesia católica, un pensador colocado junto á Tertuliano y Agustín. ¿Qué admirar, pues, el alcance y valor científico de las afirmaciones que San Clemente sostiene, ó su independencia, apesar del carácter que el vulgo y el catolicismo le reconocen? Admiramos sin reserva una y otra cosa, porque halaga nuestro sentimiento amante de todo lo que marca un progreso, un punto de luz y verdad, ese atrevimiento, como intuición vivísima con que expone San Clemente lo que en pleno siglo actual se reconoce como conquista de la crítica histórica, no admitida por todos, dicho sea de paso; porque

sentimos alborozo intensísimo y orgullo noble al divisar en épocas atrasadas y muy distantes, álguien que piensa como nosotros pensamos, inspirado de iguales ideas que las que nos inspiran hoy, dando lugar á esa comunicacion moral é intelectual de que habla Littré, saludando al través de los siglos á un *amigo desconocido* ligado por lazos de la inteligencia, que no se cortan como el de Gordio con la espada de Alejandro.

En nuevo desenvolvimiento de lo ya expuesto, sigue San Clemente, (tras sentar el principio de que la verdad es una y el error múltiple) reconociendo que todas las filosofías encierran puntos de verdad, y que precisa reunir las todas, recoger sus puntos aprovechables y elevarse á la verdad absoluta (*eclecticismo*). (1) Y para explicar esto, dice que cada una de aquellas tiene *parte de la verdad*, diseminada, como diluida en todas ellas—*fraccionan y dispersan la indivisible luz del Verbo divino*—con lo que se hace preciso su reunion y complemento. Es exactamente la misma idea de Hegel cuando sostiene la necesidad de la síntesis para la exacta resolucion de las tesis y discusiones filosóficas; el mismo principio esparcido en las obras del racionalismo krausista, al hablar de los diferentes aspectos de la realidad, como fachadas distintas de un mismo edificio. Renan casi ha venido á decir otro tanto, cuando escribe en su Introduccion de *Los Apóstoles*: «La armonía de la humanidad resulta de la libre emision de notas las más discordantes, aforismo olvidado con frecuencia por los pensadores, con harto detrimento de la verdad completa á que debe aspirar la ciencia.

Aquellos que no lo hayan experimentado, no pueden comprender el gozo y la fruicion de que se llena el espíritu al estudiar, despues de un trozo de *Fisiología* en Vogt, un párrafo de *Espiritismo* en Perrani, ó de la *Evolucion* en Hebert Spencer. Al examinar una tras otra esas tan diversas creaciones de la ciencia humana, al subir y mudar el pensamiento desde el cuerpo material del hombre al principio psíquico de esencia desconocida y al organismo general del mundo, se siente una especie de energía unitiva, un movimiento invisible de fraternidad entre las distintas y sorprendentes creaciones de la inteligencia fecundada por el amor á lo verdadero. Ya no se vé en ellas el mero producto de acalorada imaginacion indivi-

(1) Mejor diríamos, aprovechando una palabra muy en uso, «armonismo.»

dual, sino el parto de la idea que preside á la humanidad toda, paso á paso desenvolviéndose fase por fase, manifestándose en notas al parecer discordantes, pero en realidad armónicas en la síntesis superior comprensiva de los elementos que aportan, creándolos independientemente.—A nuestro entender, la verdad más completa que la ciencia puede alcanzar, se halla en el armonismo de los sistemas, pero armonismo metódico, no como pudiera ser un mezquino y mal entendido eclecticismo, paliativo antes que medicina curadora de los desarreglos é idiosincrasias que el organismo sufre á cada paso; porque la mision del hombre estudioso, es constituir—prévio el conocimiento de los elementos dispuestos—*el cuerpo de doctrina, verdadero representante del punto progresivo en que hoy vive la humanidad*.

Seguendo las ideas de San Clemente, nos admira tambien su apreciacion de que, la esencia del mundo es *buena*, que el Mal no existe sino como negacion, marcando el Bien lo verdaderamente positivo. Esto le lleva á considerar el Mal como accidente pasajero en la vida de la humanidad, cuyo fin es el Bien y cuya condicion es el perfeccionamiento. No diria más un racionalista de Krausse. Niega San Clemente que Dios sea vengativo y haya creado por malignidad un mundo lleno de *pecado*. Luego, como apreciando otro lado de la realidad frecuentemente puesto en olvido por los teólogos, afirma, que la materia, como produccion divina, es buena, (1) siguiendo de aquí, que el cuerpo no es *infame, feo ni deforme*, antes al contrario, reviste forma armónica, poseyendo *vida y alma*, con lo que distingue ambos conceptos. Por fin, con una elevacion de idea que resulta aun mayor y más brillante al lado de la *gracia* y predestinacion de San Agustin, declara convencido plenamente,—tal que á través del tiempo aun parece resonar su voz,—que el Verbo salvará á la humanidad entera, marcando en una sola frase el carácter peculiar de la doctrina evangélica, moral universal y regla comun á los hombres de tan fructífero desenvolvimiento, que viene á fundar la conciencia individual, juez que pesa el valor ético de las acciones, corrector que por sí solo puede pulir la obra y rechazar los defectos.

(1) Añade San Clemente, que ocupa la materia en la escala de los seres el grado último, con lo que diverge de cierto sentir moderno muy acentuado, que no nos atrevemos á juzgar en este instante.

No añadamos más. Basta lo dicho para el objeto que nos propusimos. En la reunion de pensadores que habitaron Alejandria por aquel tiempo, concentrando la vida científica en un solo punto, de tal modo y de tan buena manera que estudiar la historia de las *escuelas de Alejandria*, es analizar los gérmenes de todas las filosofías posteriores —desde los pesimistas y el realismo que cuentan por ascendientes á los maniqueos, hasta el *positivismo* que quizá allí contó sus primeros adeptos,—descuella y se distingue esa figura privilegiada que llaman San Clemente, colocada en el santoral católico al lado de Tertuliano y San Agustin, como prueba, no soñada por los ortodoxos, de que la doctrina cristiana se hizo por evolucion, mediando distancia inmensa de las aprovechables ideas que el filósofo *santo* de Alejandria expresa, á las predicadas por el obispo de Hipona, que luego informaron y dieron carácter al poder eclesiástico y á la teología romanista.

R. Altamiza.

1883.

NOTAS É IMPRESIONES

Cuando la tiranía oprime á un pueblo, la ignorancia no tarda en envilecerle. Pasan años y siglos sin que ese pueblo levante un grito de libertad é intente reconquistar sus derechos. Si sale algunas veces de su apatía es para entregarse á todos los excesos de la venganza, que casi quedarían justificados por lo que sufrió, si los crímenes admitiesen justificacion.

* *

Criticar no es adular ni ensañarse; huyase de estos dos extremos, júzguese con ciencia, con detencion, sin prevencion, señalando las partes oscuras, pero tambien las claras, aconsejando al autor, dándole razones por lo que se le censura, indicándole el buen camino cuando de él se aparta.

* *

Nunca os caseis con una mujer que no os comprenda, pero tampoco os caseis con una mujer que os aventaje.

* *

¡Dicen que el cerebro de la mujer no pesa tanto como el del hombre! en cambio su corazon pesa mucho más.

* *

La prevencion es como un cristal que algunas veces la mala fé y casi siempre la ignorancia, colocan ante nuestra vista para que veamos desfigurado el mundo externo.

* *

Muchos capitalistas quedarian pobres ó ménos ricos si de repente fuese abolida la esclavitud. ¿Y qué? valen más algunos ciudadanos pobres que una gran nacion de esclavos.

* *

Los tiempos han cambiado. No basta á una poblacion alcanzar importancia en el terreno material, no basta tener buenas calles, buenos edificios, notables establecimientos industriales y fabriles, no basta ser rica: es preciso tambien dedicarse á nobles tareas intelectuales; es preciso acudir al gran mercado del pensamiento humano, que en donde quiera ofrece productos asombrosos; es preciso fomentar la parte más digna del hombre y atesorar conocimientos y dirigir el sentimiento hácia lo bello y hácia lo bueno, que todo esto, más que la riqueza material, constituye la verdadera riqueza.

NOMEN.

Resultado en los exámenes de fin de curso de los alumnos del Colegio de segunda enseñanza de la Purísima Concepcion agregado al Instituto provincial de Castellon, dirigido por D. Jaime Pachés Andreu, presbítero.

Inscripciones.	98
Sobresalientes.	9
Notables.	14
Buenos.	28
Aprobados.	43
Suspensos.	4
<i>Total.</i>	98

Grados de Bachiller.	4
Aprobados en los dos ejercicios.	3
Sobresaliente en el segundo.	1

Premiados en virtud de oposicion: don Cristóbal Campoy y Flores, en Historia Natural y D. José Roda y Albert, en Aritmética y Algebra.

Felicitemos al señor Director del Colegio nuestro querido amigo D. Jaime Pachés, por los satisfactorios resultados obtenidos por los alumnos que estaban bajo su acertada direccion.

IMPRESA Y LIBRERÍA DE JOSÉ ARMENGOT
Zapateros, 52 y 54